

Armando genealogías: entrevista a Mirta Zaida Lobato

 Cristiana Schettini y Gabriela Mitidieri

Se cumplen quince años de la publicación de *Historia de las Trabajadoras en Argentina, 1869-1960* (Edhasa, 2007), una obra que consideramos señera para identificar problemas de investigación, fondos documentales, diálogos historiográficos y para consolidar algunas hipótesis fundamentales a partir de un meticuloso trabajo de vinculación del género y de las mujeres a la historia social de los mundos del trabajo. Con motivo de su aniversario, nos encontramos con su autora, Mirta Zaida Lobato, para conversar sobre su trayectoria, lecturas e influencias. Y también, por supuesto, para reflexionar sobre los desafíos metodológicos de hacer historia con perspectiva de género.

Cristiana Schettini (C.S.). Nos pareció importante aprovechar el aniversario de publicación de *Historia de las Trabajadoras* para hacer un repaso de tu trayectoria de investigación y también saber un poco más acerca de las derivas del libro.

Gabriela Mitidieri (G.M.). ¿Eras consciente de que ya habían pasado quince años de la edición de ese libro?

Mirta Lobato (M.L.). La verdad, me sorprendió. Cuando hablábamos con Cristiana de la posibilidad de esta entrevista y ella me comentó sobre el libro como uno de los ejes, dije, “¡No puede ser que sean ya quince años!”. Creo que fui más consciente de los veinte años de *La vida en las fábricas* (Lobato, 2001).

Es interesante que ustedes recuperen *Historia de las Trabajadoras*, pero yo quiero volver un poco atrás porque *La vida en las fábricas* es mi primer texto de historia del trabajo y la primera tesis doctoral hecha en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) que cruza trabajo y género. Y no lo tiene en el título. Eso a mí me parece relevante porque cuando yo estaba haciendo la tesis, el tema del cruce entre historia social y género ya estaba presente. En ese momento yo no tenía una *Historia de las Trabajadoras* para apoyarme. Y, en realidad, como tuve que reponer todo eso para *La vida en las fábricas*, pude escribir luego la *Historia de las Trabajadoras*. Por eso conecto las dos obras. No hubiera sido posible escribir este libro que cumple quince años como lo hice, poniendo en juego la materialidad de las relaciones sociales y las representaciones, si no hubiera hecho antes *La vida en las fábricas*. Por eso a mí me gusta volver sobre la que fuera mi tesis doctoral para pensar dos problemas que siguen estando en la agenda de debates en nuestro campo. Uno es el cruce entre género e historia social y el otro es el problema de la historia local. Porque investigar una comunidad obrera como Berisso implicó pensar en términos de historia local, aunque historiadores de lo local o regional no suelen verlo así. En ese sentido, me parece que ahí también hay un *continuum* entre las dos obras y considero importante subrayar esa conexión. Porque, finalmente, es en ese primer trabajo en el que me concentro sobre las obreras del [frigorífico] Armour. Después sigo enfocándome en otras mujeres trabajadoras, pero también, como siempre digo, son mujeres en relación con los varones trabajadores. Eso es la perspectiva de género. Aunque, debo decir, que a mí no me informó [Joan] Scott inicialmente. Eso es algo que también me gusta rescatar. Yo incorporo a Scott posteriormente. Las lecturas iniciales son las historiadoras que trabajaban sobre historia de las mujeres.

C.S. *La vida en la fábrica, como estudio de un caso, cambia la escala para ver múltiples dimensiones del*

mundo del trabajo en juego. En cambio, Historia de las Trabajadoras tiene otro reporte, otra problematización y tiene a las trabajadoras, no al género sino a las sujetas en el título, en un período también amplio. ¿Cómo ves esa transformación, ese paso de un libro al otro?

M.L. Yo no sé si es una transformación. La perspectiva de género está en los dos textos. Yo podría decir que *La vida en las fábricas* es una historia social del trabajo generizada y que *Historia de las Trabajadoras* es una historia del mundo laboral femenino informada también por la perspectiva de género. Son dos entradas distintas a interrogantes sobre el mundo del trabajo. En una, el foco está puesto en qué es lo que hacían los trabajadores, varones y mujeres, en una determinada actividad laboral. Y en la otra, está en qué es lo que hacían las trabajadoras mujeres en diferentes actividades laborales. O sea, no es que no hubo un cambio en mí, sino que, tal vez, hubo una incorporación de distintas perspectivas, porque una lee un montón de cosas, se arma la biblioteca, habla con las colegas, se pelea pública o internamente con la literatura y eso produce cambios en tu formación. Pero, insisto, para mí todo eso forma parte de un mismo paquete. El paquete era: cómo hacer una pregunta sobre las características del mundo laboral en la Argentina, un mundo sectorizado, donde hubiera una mirada desde la historia social, no centrada en las organizaciones gremiales clásicas. Para mí era insuficiente entrar al problema por la vía de la organización sindical. Entonces elijo metodologías diferentes a las que se usaban en ese momento. No quiero decir que otros no hubieran trabajado en una clave similar. Peter Winn había investigado sobre Chile. Ann Farnsworth-Alvear empezaba sus trabajos sobre Colombia. Mirar la unidad productiva, la fábrica, empezaba a ser un modo fecundo de análisis. Nos inspirábamos en los trabajos de José Sergio Leite Lopes, el autor de *El Vapor del Diablo* (2011). Era un modo de preguntarse de manera distinta qué pasaba en el mundo del trabajo. A mí me parece que el plus que teníamos Ann [Farnsworth-Alvear] y yo es que incorporábamos además una pregunta por el género. Entonces ahí hay una ruptura, que diría es una ruptura epistemológica y metodológica en un momento temprano. Porque estamos hablando de 1985. No estamos hablando de 2020 ni del siglo XXI.

Incluso desde antes, yo siempre digo que una no estaba huérfana. Las historiadoras teníamos a mano a las sociólogas que se estaban haciendo preguntas en claves semejantes a las nuestras: Catalina Wainermann, María del Carmen Feijóo, Elizabeth Jelin. Estaban las mujeres demógrafas como [Edith] Pantélides, y también recuerdo a Mirta Henault, una figura que no nombramos lo suficiente. La de Mirta fue una trayectoria

muy relevante como feminista y como investigadora del mundo del trabajo.

C.S. Historia de las Trabajadoras presenta el problema de una forma más global, al articular un período y un recorte espacial más amplios. Y eso es algo que me parece distinto. No sé si hay otro trabajo en América Latina que haga un balance de historia de las trabajadoras como ocurre en ese libro, con el foco puesto en la experiencia laboral de las mujeres. Este diálogo con las sociólogas, ¿te parece que incidió en los recortes del tema y del período?

M.L. Miren, una no sabe quién o qué incide. Voy a desarmarles la fantasía. Una no es tan consciente. La verdad, es que son ustedes, las que leen las cosas después y hacen las conexiones y detectan muchas veces los sentidos. Cuando yo publicaba los primeros artículos, recibí algunos comentarios que tenían que ver con que yo no estaba trabajando con perspectiva de género porque no hacía una mención explícita de la palabra. Sin embargo, la perspectiva estaba incluida en el análisis que yo estaba haciendo. Por eso digo, a mí me parece que una se arma un interrogante, arma un problema de investigación y después trata de resolverlo. De la manera en la que una puede. Con una cuota de azar alrededor de cómo arma una su propia biblioteca o encuentra los documentos que te permitan sostener una idea. Yo insisto en eso, que es crucial: cómo vos armás tu biblioteca, qué libros lees, pues muchos caen en tus manos de manera azarosa. Después están también tus propias ideas sobre cómo delinear algunas dimensiones del problema. A mí me parece que, para analizar relaciones de género, la perspectiva de largo plazo es más fructífera que los recortes cortos pues permite ver los cambios e incluso las persistencias. Esa es una idea que tengo, puede ser discutible pero el tiempo largo organizó las reflexiones que hice sobre relaciones de género en el mundo del trabajo. Me parece que hay cuestiones que se asientan en la larga duración que son difíciles de desmontar. Entonces, vos solo podés ver cómo se arma una estructura, una estructura de hegemonía, de poder, una estructura de subordinación, una idea de complementariedad... todas esas cuestiones que discutimos con frecuencia, solo se llegan a ver de manera más nítida estudiándolas en el largo plazo. Entonces, yo no sé si la visión de largo plazo es el resultado de la influencia de las sociólogas. Pero es verdad que *La vida en las fábricas* también es una visión de largo plazo.

C.S. Hablemos entonces del contexto de esas lecturas formativas.

M.L. Todo el debate de la sociología, yo diría de la sociología feminista, de la economía feminista, de los años 1950 a 1970, son las lecturas que yo hice por mi cuenta, a diferencia de otras lecturas que hice en grupo. Los trabajos de E. P. Thompson, por ejemplo, eran una lectura por fuera de la universidad, pero en grupos de estudio. Yo no tuve en ese momento grupos de estudio para analizar producciones en clave de género. Bueno, tal vez no los supe buscar, pero no tuve un grupo de estudio para hacerlo. Eran lecturas que iba haciendo sola. Por ejemplo, yo recuerdo haber leído una compilación de [Anthony] Giddens en donde se abordaba la otra división del trabajo desde las discusiones clásicas del marxismo sobre reproducción social y relación salarial (Giddens y Mackenzie, 1982). Y ahí aparecían autoras norteamericanas que trabajaban el tema: trabajo doméstico no remunerado, salarios impagos, trabajo y familia. Yo creo que lo que ocurre es que no suelo explicitar el marco teórico en primer lugar. El marco teórico siempre son lecturas e influencias que están informando el problema de investigación. Pero la teoría en el análisis histórico necesariamente no forma parte del núcleo argumentativo fuerte. En ese sentido, mis lecturas son bastante funcionales.

En cuanto a cómo pensar las fábricas, por ejemplo, para mí la obra de Tamara Hareven sobre la experiencia fabril en Amoskeag había sido interesante porque estudiaba una fábrica textil y hacía entrevistas orales (Hareven y Lagenbach, 1978). Es decir, me acercaba a una metodología —la historia oral— que, en 1985 todavía se discutía en el campo de la historia si podía ser una metodología aceptable para la investigación. Discusiones que no tenían ni los antropólogos, ni las sociólogas.

Hay influencias para pensar el género que para mí fueron clave. Siempre cuento esto: yo leí antes que a Joan Scott a [Heidi] Hartmann y a Gayle Rubin (1975: 157-210). Al género, al sistema sexo-género, en la formulación de Rubin, ya lo tenía en cuenta, pero no en los términos de Scott. Ese esquema que Scott propone de considerar diferentes dimensiones (normas, simbología, etc.) es más funcional como programa de investigación para historia y género. Pero hay otras estudiosas que plantean el interrogante, no es solamente ella. Y a mí me parece que la publicación de su artículo y su difusión la convierte en la líder en el uso de la categoría de género para la historia, pero eso produce una especie de borramiento de las trayectorias y recorridos que se dieron en diferentes países para pensar esos cruces (Scott, 1986). La experiencia de las historiadoras francesas, de las inglesas, de las italianas.

G.M. Es interesante acercarnos a estas lecturas e influencias para comprender cómo pudieron haber

madurado ciertas claves de análisis sobre trabajo y género en tu investigación.

M.L. Claro, porque hay que pensar que era un momento en el que no existía algo así como programas de formación en historia y género. Voy a hacer un poquito de ego-historia: yo terminé de estudiar con interrupción en la época de la dictadura, alrededor de 1979-1980, entre 1982 y 1985 estoy fuera de la universidad y fuera de la investigación. Durante la dictadura, no me exilé y no estudié en el extranjero. O sea, que ahí hay un hiato en mi formación académica.

Entonces, la biblioteca disponible era lo que te llegaba, como dije, de manera azarosa. Por eso yo le asigno tanta importancia a dos grupos de estudio. Uno, con Leandro Gutiérrez donde básicamente nos dedicábamos a leer a E. P. Thompson. Pero también leíamos a Luisa Passerini, sobre todo para pensar el problema de la vida cotidiana y de la historia oral. Entonces, en Passerini, en su libro sobre historia obrera, aparecía también otro modo de mirar y de hacer historia (Passerini, 1984). O, por ejemplo, Alessandro Portelli, que no era el Portelli de la masacre de las fosas ardeatinas. Era el historiador oral de los obreros, el que se preocupaba por la música, que se enganchaba con los grupos más radicales de Italia para recuperar la música popular, pero que también estudiaba la música popular en los Estados Unidos. Un historiador que no venía de la historia sino de la literatura. Entonces, en cierto sentido, eran lecturas un poco anárquicas.

Por otro lado, con el otro grupo de lectura con el que yo también me juntaba era el que coordinaba León Pomer, el historiador de la Guerra del Paraguay. Con él leíamos a los clásicos del movimiento obrero: a Abad de Santillán, a Marotta, a Peters. Él me impulsó en la investigación cuando yo era estudiante, nos hacía leer a [Reinhart] Koselleck. ¿Y qué me puso en la cabeza la lectura de Koselleck? Una reflexión sobre las capas de historicidad. Era 1974 o 1975, leer a este autor nos llevaba a pensar otras cosas. ¿Qué se entiende por progreso, qué se entiende por industria, por productividad. ¿Cuál es la historia que encierran esos conceptos? Y a mí eso me gustaba un montonazo, la verdad, me gustaba mucho. Entonces, esas fueron lecturas que yo hacía anárquicamente. No era que tenía un plan de estudios.

C.S. Es interesante porque ahí hay una confluencia de lecturas inesperadas que construyen un campo de problemas y de preguntas, por ejemplo, el gran problema de —en la tradición del marxismo— de la división del trabajo, o el gran problema —en el caso de la sociología argentina— de la formación del mercado de trabajo en la Argentina, y un método o un acercamiento propiamente de la historia que viene de esas otras lecturas que no están pensando en cuestiones de género, ni mucho menos.

M.L. ¡Exactamente! A mí me gustaba Chiara Vangelista, porque el primer trabajo que yo leo sobre mercado de trabajo es un artículo de ella que escribe sobre Brasil (Vangelista, 1982). Y qué se yo, llegó de casualidad a mis manos. No era que yo tenía un particular interés por dialogar con la historiografía brasileña.

G.M. ¿Crees que lo azaroso de estas lecturas se relaciona a un momento previo a la reinstitucionalización de la vida académica?

M.L. Es posible. Quiero marcar lo que era el pos83, este proceso de reinstitucionalización de la vida académica. Marca una historia que ya tiene cuarenta años en los ámbitos universitarios, que tiene que ver con la formalización de los estudios, con carreras mucho más organizadas, con formaciones de grado y posgrado, con becas. Con unas ciertas rutinas académicas que nosotras no teníamos [en ese entonces]. Y no estoy diciendo con esto, “Qué heroica”. No las teníamos porque poseíamos otra historia, otra experiencia, otras vivencias, otros contextos.

Hay otra cosa que tal vez a ustedes les pueda interesar, que viene también de la experiencia de hacer *La vida en las fábricas*. Cuando yo buscaba cómo investigar, miraba a lxs marxistas británics y ahí apareció Sheila Rowbotham, el debate de feministas y marxistas. Rowbotham fue una gran formadora de historiadorxs desde la perspectiva de la historia de las mujeres. Y también Michelle Perrot, desde Francia.

También por esa época había una revista catalana que se llamaba *Debats*, donde aparecían números sobre arqueología industrial, sobre industrias abandonadas y trabajadores ingleses que salían a recuperar las historias de los barrios obreros. En esa revista también se publicó una entrevista a Raphael Samuel, que se titulaba “Desprofesionalizar la historia” (Samuel, 1984). Yo siempre digo que en esa época era más basista de lo que soy ahora [risas]. Entonces eso de desprofesionalizar la historia me había enganchado. Después junto con Samuel, los dos revisamos esa idea, aunque no se fue de mi cabeza. Porque cuando yo pienso en el texto de Natalie Zemon Davis, “¿Quién es el dueño de la historia?” (Zemon Davis, 1998), de nuevo está ese tema, de quiénes pueden escribir sobre el pasado. Entiendo que nosotras las historiadoras somos profesionales, tenemos métodos, pero las palabras de Samuel sobre desprofesionalizar la historia me gustaban por esta cuestión de seguir pensando la historia desde abajo en otros términos.

Tanto él como yo hemos revisado ese concepto de desprofesionalizar la historia, pero todavía hay algo de ese espíritu que conservo. Cuando recupero el texto de Natalie Zemon Davis sobre quiénes escriben sobre el pasado y la competencia que hay entre

historiadorxs profesionales y no profesionales, a mí me parece súperinteresante para seguir reflexionando sobre el tema de la profesionalización y sus límites. Ojalá hubiera estudiantes que pudieran trabajar sobre lxs historiadorxs *amateurs*, como una categoría susceptible de ser analizada, de ser pensada, de ser interrogada, para ver justamente cómo ellxs se convierten, de algún modo, en lo que yo llamaría “los guardianes del pasado”. Y así es posible ver más allá de una supuesta competencia entre historiadorxs profesionales y no profesionales.

Es curioso que, en la investigación para *La vida en las fábricas* se abre también otra puerta pues empiezo a pensar el tema de la fotografía, que funcionaba, en ese momento, como disparadora de recuerdos y no como un objeto a ser interrogado históricamente. Para pensar en términos de arqueología industrial también tenía que mirar fotos. Porque me permitían distinguir dónde estaban las máquinas, la disposición de lxs trabajadorxs. Esas cuestiones me llamaban la atención, pero no podría decir que la cultura visual había entrado totalmente en mis reflexiones.

C.S. Queríamos también preguntarte por tu historia en la revista *Entrepasados*, considerando el rol de la revista para la traducción de textos y publicación de entrevistas como la de Natalie Zemon Davis, que mencionaste y la entrevista como la que hiciste a alguien como Reyna Pastor.¹

M.L. Sí. Ustedes me están obligando a pensar cosas. Es que cuando ya te transformás en vieja [risas]...

G.M. En clásica, se dice... [Risas]

M.L. Yo no sé si clásica, no me ubico en ese lugar, la verdad que no. Pero sí que mirás lo que dejaste atrás de otro modo. La experiencia de *Entrepasados*, ahí hay que decir que hacíamos un trabajo intenso pero la revista se mantuvo y mucho por la iniciativa de Juan [Suriano], bueno... de Juan y Mirta [risas]. Aunque estaba presente el trabajo de todo el grupo, siempre una revista descansa en el trabajo de unxs pocxs. Teníamos compañerxs que se habían ido a hacer su doctorado afuera, hacíamos una revista sin recursos, eso también lo quiero decir y remarcar: no teníamos los recursos de la universidad para hacer una publicación. Una revista en papel que, si no se vendía, no se editaba. Por eso era casi como si fuera una prensa obrera para nosotrxs [risas] “¿Te interesa *Entrepasados*?” “Tenés que comprar *Entrepasados*”. “¿Ya tenés *Entrepasados*?”. Esa era la militancia alrededor de la revista.

¹ La colección completa de *Entrepasados* puede encontrarse online en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas, disponible en: <https://ahira.com.ar/revistas/entrepasados/>

Lxs que hacíamos *Entrepasados* éramos una generación heterogénea de personas que actuábamos en la universidad en aquel entonces. No éramos todxs iguales, no teníamos las mismas experiencias, ni las mismas trayectorias, pero sí coincidíamos en que era necesario hacer una revista no institucional pero académica abierta a nuevos problemas. Todo eso lo hacíamos en el momento en el que escribíamos las tesis, dábamos clases, queríamos ser profesorxs, algunxs reescribían manuales para las escuelas. En *Entrepasados* nos interesaba la educación en todos sus niveles por eso nos preguntábamos ¿qué es lo que llega a las escuelas de lo que se hace en la universidad? Era una pregunta sobre el lugar y la importancia de la divulgación histórica. En una época en la que el acceso a internet no era tan extendido como el que vivimos ahora, en una época en la que no todxs viajaban y podían leer las cosas en el extranjero o comprar sus libros nosotrxs hacíamos traducciones de artículos, la “Galería de Textos” donde publicábamos artículos que nos interesaban a nosotrxs pero también a otrxs lectores. Ahí están E. P. Thompson, Carlo Ginzburg, Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, Carolyn Steedman. Hicimos la traducción del tema de fotografía de *Teatros de la Memoria* (Samuel, 2009). Éramos como el sitio ruso *Sci Hub* de aquel entonces [risas]. Hacíamos traducciones sin pedir permiso. En este contexto hice la entrevista a Reyna Pastor, que estaba haciendo su periplo para organizar los grupos de historia de las mujeres y ella incidió en el armado de varios grupos de trabajo sobre estudios de género en nuestro país. Grupos que después iban a institucionalizar los estudios de mujeres y de género en Rosario y en Luján. En Filo, todavía no había prácticamente nada. Marcela [Nari] era muy joven y va a empezar su investigación un poco después. En este contexto, hablar con Reyna implicaba reflexionar sobre la historia de las mujeres, conversar con alguien que ya no estaba en la universidad argentina, que se había exiliado en España y que venía del campo marxista. O sea, fue una elección fuerte para hacerle una entrevista en una revista “académica”. No sé si me corresponde a mí decirlo, tal vez sean otrxs quienes tengan que señalarlo, pero a mí me parece que *Entrepasados* fue un hito en el campo de la historia social en nuestro país. Había un mar de problemas que estaban presentes en la revista y que tuvieron que ver fundamentalmente con nuestros intereses, los de Juan y los míos sin duda. También con los contactos que en ese momento éramos capaces de hacer, a veces de manera muy aleatoria. Cuando Jeremy Adelman le hizo la entrevista a Natalie Zemon Davis es porque estaba en Estados Unidos. Es decir, en realidad, íbamos aprovechando todas las oportunidades para colocar esos temas. Yo insisto: en una revista que no era institucional, que no tenía Comité

Académico, porque no teníamos intención de legitimar a nadie en particular, éramos nosotrxs y nadie más. Era un grupo que se reunía alrededor de una revista y que se salía de los cánones en la forma de pensar una publicación.

G.M. La conversación sobre *Entrepasados nos da pie para preguntarte sobre la interdisciplina y en cómo aparece en términos de métodos, de herramientas en tu investigación sobre la historia de las mujeres trabajadoras y en cruces para pensar trabajo con género. Recién traías la reflexión sobre los usos que hiciste de la imagen en *La vida en las fábricas*. En tu capítulo en el libro *Historias Cruzadas* (Suriano y Schettini, 2019), usás la literatura, la imagen también, recuperás a Griselda Pollock para pensar la espacialidad.*

M.L. Sí. Yo lo pondría en estos términos: me parece que de un uso ingenuo y romantizado de la literatura y de las imágenes, creo que me fui volviendo un poquito más sofisticada. Me acerqué a lecturas que me permitieron analizar de un modo diferente lo que estaba viendo. A mí me parece que el aprendizaje que yo fui haciendo en términos de análisis de las imágenes consistió en aprender a ver y escuchar de diferentes modos versiones del pasado. Cuando nosotras hicimos *Las Reinas del Trabajo* (Lobato, 2005) ahí analizamos las fotografías, leyéndolas en su complejidad como fuentes para la historia. Esto implicó, también, alejarme un poco de lo que yo encontraba en investigaciones de la historia de la fotografía. En particular, porque es una historia que suele tomar como eje de análisis las figuras de lxs grandes fotógrafxs. En segundo lugar, por lo general, cuando se centran en aquello que las imágenes cuentan, las abordan en los términos de la historia del arte, en su cualidad estética. Y a mí lo que me interesa es la capacidad que tienen esas imágenes para contar historias. Cuando revisitaba imágenes, por ejemplo, para la *Historia de las Trabajadoras*, yo veía cosas que en las historias de la fotografía aparecen como “pintoresquistas” y que para mí eran datos de una realidad social. Estaban hablando de algo, más allá de que estuvieran tomando la foto en la calle o que estuvieran interesados por los “tipos humanos” —como eran nombradxs estxs actores sociales que estaban ubicadxs en la calle—.

De nuevo, fue importante en ese momento volver al feminismo. La artista Marta Rosler, a quien yo conocí intelectualmente en la década de 1970, hizo una instalación sobre el trabajo del ama de casa (Rosler, 1975). Fue una obra que, en su momento, se vio como muy violenta. Rosler habla sobre la cuestión de la calle como un espacio social, como un espacio de la realidad social. Creo que algo de ese contacto me ayudó a mirar de otro modo las imágenes. Me parece que

trabajar con imágenes desarrolla la capacidad de mirar los detalles para interpretar. Por supuesto, hay un riesgo en la interpretación probablemente mucho más alto que con las fuentes tradicionales con las que nosotras habitualmente trabajamos. Las fotografías son objetos que tienen otros objetos adentro; nosotrxs tenemos que mirar lo que está adentro del objeto. En los *Pasajes* de Walter Benjamin encontré cosas que fueron sumamente valiosas. Son básicamente sus notas de investigación, lo que él va recogiendo, lo que va tomando nota para escribir un libro que no escribió. Yo encontraba fragmentos en donde Benjamin decía “La calle es importante”. Entonces, yo volvía sobre esa idea: la calle para pensar mi propio trabajo sobre manifestaciones, fiestas y rituales. Después leía algunas reflexiones que él hacía sobre la luz. Y yo pensaba en las lamparitas, en el trabajo de Pancho Liernur sobre la historia de la electricidad para entender la ciudad. Al mismo tiempo, se me aparecía la imagen del frigorífico todo iluminado. O las personas de la comunidad de Berisso cuando en las entrevistas me decían, “bueno, el frigorífico era la luz, pero nosotros no teníamos ni una lamparita”. Entonces es como que va tomando forma un mundo de conexiones, que tiene que ver con la historia social, con la historia social de los sectores populares, con las mujeres, con lo que hacen los varones. Una historia que ya no tiene que ver con la vieja historia social del trabajo. Creo que es por eso que me interesa dialogar con otras disciplinas, que me involucre con metodologías de trabajo muy diversas y que intento establecer conexiones espaciales y temporales que van de lo micro a lo macro.

C.S. ¿Crees que ahí entra la literatura también?

M.L. Sí, también entra la literatura. Ya está presente, de hecho, en *La vida en las fábricas*, porque yo ahí recupero lo que podríamos llamar la literatura industrial. Obras de ficción que tienen a las fábricas y al trabajo en el centro. Hay un modo de ficcionalizar el mundo del trabajo que da lugar a esas expresiones literarias. Incluso, por ejemplo, un texto como *El Trabajo* de [Aníbal] Jarkowski (2007), es una novela genial, ambientada a fines del siglo XX y principios del XXI. Ahí aparecen personajes como el de una mujer sin trabajo, que lava su bombachita todos los días para salir al día siguiente a buscar trabajo con su cuerpo. Entonces digo que hay una ficcionalización que me parece es bien interesante para pensar históricamente. El texto que hice para *Historias Cruzadas*, por su parte, implicó, de nuevo, poner a jugar una mirada de largo plazo, analizar géneros y representaciones en donde se mezclan la fotografía, la literatura y el cómic. Y todo esto para pensar históricamente la masculinidad. Existen historiadoras que están pensando en claves semejantes, como los

trabajos de Laura Caruso, Andrea Andújar y Silvana Palermo (2002). Ahora, de nuevo, no sé si hablo de masculinidad en el texto, valiéndome de ese término. Sí hablo del ser varón, de qué es ser hombre en el lugar de trabajo.

C.S. Ya que estamos conversando sobre fuentes ¿cómo fue tu uso de las fuentes judiciales para hacer historia de los mundos del trabajo con perspectiva de género?

M.L. Vengo pensando algunas cuestiones ahora en torno a las fuentes judiciales. Porque tal vez no soy conocida por haber hecho un análisis de ese tipo de fuente. En mi investigación doctoral usé fuentes judiciales, pero yo no tenía los archivos que hoy tiene un historiador del trabajo como Andrés [Stagnaro] (2018). Porque los documentos de los tribunales laborales que él explora estuvieron a disposición para consulta dos décadas después de que yo terminara la tesis. Ahora bien, sí encontré expedientes que pude interrogar con preguntas sobre el mundo del trabajo. Quiero decir que tenía una inquietud sobre esas fuentes y eso probablemente tenga que ver con las lecturas de los llamados “estudios subalternos”. Ahora tal vez vengan también de la mano las obras de Arlette Farge, pero originalmente mis primeros contactos con el tema vinieron con los estudios sobre subalternidad, un libro que en su momento compilaron [Rossana] Barragán y [Silvia] Cusicanqui (1997). Luego llegué a una fuente judicial que encontré sobre un accidente laboral de mujeres y eso está en un capítulo que hice para el tomo II del libro *Historia de las Mujeres*, que dirigieron Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y Gabriela Iní (2000). Y ahora vuelvo a la fuente judicial para analizar la violencia que se ejerce contra las mujeres. Entonces, siempre estoy como dando vueltas, girando sobre núcleos temáticos que ya los tenía en la cabeza desde antes, al menos eso me parece. Yo diría que voy pensando en círculos, pero también como si fuera un rizoma, pues voy conectando unas cosas con otras para finalmente, bueno, el día que me muera, van a decir Lobato escribió *La vida en las fábricas*, *Historia de las Trabajadoras*, *La prensa obrera* y sobre manifestaciones, sobre comunidad. Escribió sobre accidentes laborales, sobre escribir cartas de amor, sobre cómo haber perdido la belleza te impide el casamiento. Y, si llega a salir el libro con Daniel James, ya podrán decir “bueno, se asoció con otra persona para escribir sobre historia pública, sobre migraciones” [risas].

C.S. ¿Cómo tu disposición para trabajar con distintos materiales, tal como cultura visual, fuentes literarias y judiciales, se combinó con tu interés por el conflicto y la dimensión de clase?

M.L. Yo pienso que sigo preguntándome sobre la clase. Son preguntas, quizás, de otro orden pero que tienen que ver con la formación de la clase, con la diferenciación de clases, con las desigualdades de clase. La forma en la que las personas reaccionan frente a los problemas de las desigualdades en las que viven. Eso está cruzado por la política, yo no lo veo desencajado de la política. La política de partidos, la política de la república, de la democracia, digamos, la vida democrática, está metida en esas cuestiones. Aunque no constituyan un tópico de análisis particular. Yo estoy siempre pensando en los sectores populares que para mí son clase, son gente que trabaja, gente que vive de su trabajo. Sea que los estudien, como lo hace Graciela Queirolo, por ejemplo, dentro de las clases medias o formando parte de sectores letrados, pero son trabajadorxs asalariadxs. También hay trabajadorxs que están en la calle, en el servicio doméstico y por supuesto en fábricas y talleres. Son trabajadorxs urbanos y aún falta mencionar el heterogéneo mundo laboral rural. Yo me pregunté por las fábricas, pero cada una se hace una pregunta sobre un espacio de trabajo determinado. Cuando comencé mi investigación, en 1985, las fábricas eran importantes, porque ahí había trabajo asalariado que las mujeres combinaban con trabajo no asalariado. Eran espacios clave para sostener una discusión sobre la noción de trabajo en ese momento. Después, esa noción de trabajo se problematiza, se complejiza: empezamos a pensar en término de labores, de trabajos en los márgenes, de actividades que ahora nombramos trabajos de cuidados. Ahí hay toda una discusión nueva, pero es bueno pensar que el debate contemporáneo se articula con elementos del pasado, con ideas que están problematizando la noción de trabajo y lo que se considera como tal. Porque tampoco creo que sirva ver todo como una ruptura. Con relación a pensar los mundos del trabajo con perspectiva de género, vale la pena, como decíamos en *Mora*, volver sobre las genealogías feministas, cómo se constituyen, cómo se arman. Eso me parece interesante. Y es una idea que puede llevarse también a otros terrenos del campo intelectual. Ahora, en este ejercicio autorreflexivo que me están invitando a hacer, también me vuelven algunas cavilaciones sobre mi investigación un poco más reciente sobre las primeras tesis de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Yo estoy muy entusiasmada con ese texto, por varias razones (Albiez-Wieck, Hensel, Meding y Schembs, 2022). Por supuesto, vuelvo a Elvira López que no es de historia, es de filosofía, pero escribe una tesis sobre el movimiento feminista en 1901. ¡En 1920 hay una tesis de historia sobre el movimiento feminista! ¡En 1908 hay otra investigación escrita por una mujer sobre el factor económico en la Argentina y los usos de Marx! [risas]. Yo le puse

de título a ese trabajo “Trayectorias evanescentes”, porque esas mujeres las podés encontrar haciendo una tesis de doctorado, recibiendo las más altas notas y actuando en un contexto estudiantil en el que hay más mujeres que varones defendiendo tesis. Pero después no se pueden seguir sus trayectorias académicas. ¿Dónde están? Analizando el *Boletín Oficial* y el *Monitor de la Educación Común*, las encuentro en escuelas, en las escuelas de maestrxs, de profesorxs, en el sistema educativo en general. Podrán decirme, “¡voilà por la noticia!”, pero esto hasta ahora no pasaba en una intuición. Es distinto confirmarlo a través de evidencias históricas. Yo encuentro a esas mujeres porque las designan con un salario, porque dan un discurso, porque escriben una nota, un libro, dictan una conferencia, se reúnen con otras mujeres, porque la documentación, aunque fragmentaria, las va mostrando. Es un conjunto de mujeres que no están más en la universidad. Además podemos preguntarnos sobre qué sabemos sobre la historia de nuestra formación como mujeres investigadoras en Filo y de la carrera de historia, que está en la base de pensar la historia social y género. De modo que al preguntarme sobre las primeras tesis doctorales me estoy interrogando también sobre temas y modos de hacer historia y sobre los cambios institucionales y el lugar de varones y mujeres.

Por otro lado, yo sigo pensando en el largo plazo pero con una idea de historia tal vez más fragmentada. No es una historia en migajas, en rebanadas... Si no más bien en el sentido de que ya no tengo la preocupación por una visión total del pasado, como sostenía Hobsbawm, “el Imperio”, “la Industria”. Sí, están esos problemas, pero soy más consciente de que son fragmentos, de que esos fragmentos iluminan aspectos de la formación de clase, de la experiencia de clase, de la cultura de clase. Es en ese sentido que me siguen interesando lxs marxistas británicxs porque siguen planteando los problemas referidos a que las historias de las clases populares están relacionadas con experiencias, con sujetos, con acciones colectivas, con creencias, con costumbres, con cosas que quedan afuera de la más vieja historia del trabajo. También en ese marco me pregunto si las vidas precarias entran en la historia y de qué manera.

A veces, es como un camino sin salida, ¿no? Porque lo único que podés decir es eso, pero al menos te formulás la pregunta sobre qué pasa con lo que queda de quienes no queda nada. Lo volví a ver con claridad a partir de una iniciativa que compartimos con algunas historiadoras de escribir sobre nuestras abuelas. Yo me hice la pregunta: ¿cómo escribo sobre mi abuela, que no fue dirigente sindical, no fue inmigrante, no se destacó en el plano de la cultura, no fue peronista? Porque todos esos elementos son ejes que nos llevan

a ciertos marcos conocidos para escribir historia. Y mi pobre abuela no entraba en ninguno de esos marcos. Entonces, ¿cómo hacerla entrar en la historia? Ahí es donde me parece que, de nuevo, los recursos metodológicos que están por fuera del *mainstream* de la historia, de la profesionalización de la historia, son los que te dan las mejores posibilidades. Es posible pensar más en los objetos que rodean sus vidas para escribir una aproximación biográfica.

C.S. ¿Cuáles son las fuentes para contar esas vidas en la historia del trabajo de mujeres?

M.L. Obviamente el universo de documentos a interrogar es muy amplio. Nosotras tenemos un reconocimiento importante de la palabra escrita, por eso la prensa es importante. Está también la posibilidad de conversar con las protagonistas, pero hay allí un límite que está dado por la edad, ya hablamos de los expedientes judiciales y de las fotografías y también de los objetos que rodean las vidas de las personas. Las fuentes son tan amplias que se puede afirmar que son polifónicas. Lo importante está en las preguntas.

G.M. Nosotras queríamos volver sobre una cuestión que aparece en tu trabajo en *Historias Cruzadas*. Además del cruce de disciplinas que hacés para pensar metodológicamente y para construir el problema en perspectiva de género, hay una ruptura con la periodización clásica del trabajo industrial femenino. Hacés un salto hacia atrás desde el frigorífico al matadero y recuperás experiencias de trabajo, que además están atravesadas por relaciones y jerarquías raciales. Entonces, queríamos preguntarte sobre esas dos cuestiones. Sobre cómo viviste ese salto en la periodización y también sobre los desafíos al hacer historia en clave de género, pero también de raza.

M.L. De nuevo, las preguntas de ustedes me dan pie para repensar lo que hemos hecho. Cuando en el Instituto de Género (IIEGE) con el grupito del APIM (Archivo Palabras e Imágenes de Mujeres) hicimos ese CD que se sigue utilizando, que es *Mujeres con Historia, Historia de Mujeres*, ahí ya planteamos una ruptura de la periodización. *La vida en las fábricas* también tiene una ruptura en la periodización, incluso una ruptura relacionada con algunas ideas de sentido común sobre el peronismo. Quiero quedarme en esta pregunta sobre romper la cronología. Porque eso es algo que nosotras decimos mucho en los cursos, pero la practicamos poco. Sostenemos esto de que cada problema tiene que encontrar una periodización propia. A su vez, analizar las relaciones de género te permite romper con las cronologías derivadas de acontecimientos políticos, pero al final hay una interrelación de

las dimensiones políticas, sociales, económicas y culturales que obliga a tomar una decisión sobre el criterio con el que vas a organizar los períodos históricos. En la discusión sobre el texto para *Historias Cruzadas* aparecían estas cuestiones: bueno, si uno altera las temporalidades ya establecidas, rompe con la cronología, con las periodizaciones, se producen saltos en la idea de proceso. Ahí hay un riesgo. Pero, ¿qué es lo que te permite correr ese riesgo? Tal vez la historia política se me diluye, pero la historia de la industria adquiere una continuidad alrededor de un producto de exportación, en este caso, la carne y esto cruza diferentes momentos históricos. A su vez esto puede ser algo limitado en términos de la historia económica pero, no obstante, te habilita a pensar un problema que tiene que ver con relaciones de género, construcciones de feminidad, estereotipos de feminidad y de masculinidad. A su vez, al romper la cronología esperable, también se diluye el elemento étnico-nacional que está proporcionado por la inmigración, pues como te adentraste en el siglo XIX, lo étnico-racial te permite interrogarte sobre otros sujetos como lxs trabajadorxs negrxs. También se relaciona con las discusiones que se daban en la Redhisoc (Red de Historia Social y Cultural de los Mundos del Trabajo en Brasil y Argentina) que dieron origen al libro.

La discusión sobre la dimensión racial también tiene que ver con las preguntas que nos hacemos desde la historiografía. Recuerdo que cuando desde la revista *Topo*, Omar Acha y otros colegas lanzaron la pregunta de que si había que racializar las ciencias sociales, a mí me dio la impresión de que esa pregunta pasaba por alto que esas cuestiones ya habían estado planteadas en la historiografía, tal vez de otro modo. No es necesario leer la historiografía con etiquetas. Entonces, cuando Reid Andrews escribió sobre la historia de lxs negrxs en Buenos Aires, se estaba haciendo una pregunta que tenía un contenido de raza. Cuando Ricardo Falcón estaba mirando a las asociaciones negras en la formación del mundo del trabajo, estaba pensando en la raza. Quienes estudian la historia de las ideas poniendo el foco en la criminología, el positivismo y demás, están mirando nociones históricas sobre lo racial. Además, en el caso de la Argentina, la raza no siempre aparece ligada a la experiencia de la negritud, a la experiencia de ser africanx o afrodescendiente. Cuando aparecen análisis en torno a la figura del “cabecita negra” se produce una operación que trastoca los modos de pensar la cuestión racial, la cuestión étnica y las diferenciaciones en ese sentido. Porque el “cabecita

negra” es una categoría político-ideológica metropolitana. Entonces, es un foco que obtura ver lo que está sucediendo en el resto del país, donde las identificaciones raciales tensionadas y conflictivas tienen que ver con la identidad o las identidades indígenas y no necesariamente con la afrodescendencia. Por otro lado, pienso que el trabajo para *Historias Cruzadas* generó ciertos conflictos en la gente que lo leía. Había una propuesta de pensar en términos de una temporalidad rota, una idea del ser varón como un acto de violencia, unas trabajadoras que eran pobres en una actividad industrial de hombres y que además eran negras. Pero volviendo a lo anterior, hay que seguir reflexionando acerca del hecho de que nuestras miradas son sobre los procesos laborales metropolitanos. En otra línea, también toda la experiencia que hicimos dentro del Instituto de Género después va a alimentar un conjunto de discusiones. Aunque no sea un tema que yo desarrollé en profundidad, los debates en torno a la multiplicidad de identificaciones sexuales van a ser disparadores de preguntas de investigación para muchas colegas. Yo siempre doy el ejemplo de Gayle Rubin, su acercamiento a la cultura *leather* en Estados Unidos y a la constitución del archivo y museo *leather*, todas esas iniciativas tuvieron que ver con las preguntas que se hacía esta antropóloga sobre qué se guarda en un archivo, sobre sus marcas androcéntricas. En el IIEGE-APIM debatimos esas cuestiones. No fueron discusiones abstractas, sino que implicaron una multiplicidad de experiencias: organizar una exposición, hacer una película. Hicimos una película con U\$D 500, *Compañeras Reinas*. Hicimos un libro que habla de trabajo, virtud y belleza. Pusimos en discusión la cuestión de la belleza como un problema político. Todas esas experiencias forman parte de un camino que tuvo altibajos, producciones interesantes, otras no tanto, docencia, publicaciones. Creaciones institucionales: el Instituto de Género, en sí mismo, es una creación institucional en la que participaron muchas personas. Hacer una revista como *Mora*. Convertir esa revista en una referencia. Todo era debatido y complejo. No era fácil recibir un referato negativo de un artículo de una persona que formaba parte del Instituto. Era todo un lío y esos líos se cruzaban con la política académica. Sin embargo, yo rescato toda esa etapa en que podíamos pensar abiertamente, sin imposiciones, ni condicionamientos, ni censuras o autocensuras. Para mí pensar abiertamente es pensar críticamente, no ser condescendiente y evitar las naturalizaciones.

Referencias bibliográficas

- » Albiez-Wieck, S.; Hensel, S.; Meding, H. y Schembs, K. (eds.). (2022). Trayectorias evanescentes e ideas de mujeres universitarias en las primeras décadas del siglo XX. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En *Género en América Latina. Homenaje a Barbara Potthast*. Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana.
- » Caruso, L.; Andújar, A. y Palermo, S. (comps.) (2022). *Género, trabajo y política. Experiencia, sociabilidad y protesta en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- » *Entrepasados*. Colección completa en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas. Disponible en: <https://ahira.com.ar/revistas/entrepasados/>
- » Giddens, A. y Mackenzie, G. (eds.). (1982). *Social class and the division of labour: essays in Honor of Ilya Neustadt*. Nueva York, Cambridge University Press.
- » Gil Lozano, F. Pita, V. e Ini, G. (2000). *Historia de las mujeres en Argentina*. Buenos Aires, Taurus.
- » Hareven, T. y Lagenbach, R. (1978). *Amoskeag: life and work in an American Factory-City*. Nueva York, Pantheon Books.
- » Jarkowski, A. (2007). *El trabajo*. Buenos Aires, Tusquets.
- » Leite Lopes, J. S. (2011). *El Vapor del Diablo: El trabajo de los Obreros del Azúcar*. Buenos Aires, Antropofagia.
- » Lobato, M. (2001). *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires, Prometeo.
- » Lobato, M. (2007). *Historia de las Trabajadoras en Argentina, 1869-1960*. Buenos Aires, Edhasa.
- » Lobato, M. (ed.) (2005). *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Biblos.
- » Passerini, L. (1984). *Torino operaia e fascismo*. Roma/Bari, Laterza.
- » Rivera Cusicanqui, S. y Barragán, R. (1997). *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz, SEPHIS.
- » Rosler, M. (1975). *Semiotics of the Kitchen*, instalación/video. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ZuZympOIGCo>
- » Rubin, G. y Hartmann, H. (1975). The traffic in women: notes on the political economy of sex. En Reiter, R. (ed.). *Toward and Anthropology of Women*, pp. 157-210. Nueva York, Monthly Review Press.
- » Samuel, R. (1984). Desprofesionalizar la historia. *Debats*, N° 10, Valencia.
- » Samuel, R. (2009). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia, Universidad de Valencia.
- » Scott, J. (1986). Gender: A Useful Category of Historical Analysis. *American Historical Review*, 91.
- » Stagnaro, A. (2018). *Y nació un derecho: Los tribunales del trabajo en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblos.
- » Suriano, J. y Schettini, C. (2019). *Historias cruzadas: diálogos historiográficos sobre el mundo del trabajo en Argentina y Brasil*. Buenos Aires, Teseo.
- » Vangelista, C. (1982). *Le braccia per la fazenda. Immigrati e caipiras nella formazione del mercato del lavoro paulista (1850-1930)*. Milán, Franco Angeli.
- » Zemon Davis, N. (1998). ¿Quién es dueño de la historia? La historia en la profesión. Tato, M. E. (trad.). *Entrepasados*, N° 14.